

ALTERIDAD Y CONVIVENCIA. LA IMAGEN DEL «OTRO»
Y LAS RELACIONES DE CONVIVENCIA EN
EL CASC ANTIC DE BARCELONA

Nadja Monnet

Fundació CIDOB de Barcelona

Como ya lo hizo notar Lévi-Strauss hace tiempo,

“entre los hombres, la diversidad, pocas veces, ha sido considerada como lo que es, es decir, un fenómeno natural, el resultado de relaciones directas o indirectas entre las sociedades; los hombres ven en ella más bien una especie de monstruosidad” (*Race et histoire*, 1952).

Es de este tema, de la percepción de la alteridad por parte de los distintos ocupantes del Casc Antic de Barcelona¹ y de sus distintas manifestaciones, de lo que trataré aquí. Mi voluntad es señalar algunos elementos que puedan

* Este artículo retoma algunas conclusiones de mi tesina (La formation de l'espace public en milieu pluriculturel. L'exemple du Casc Antic de Barcelona), dirigida por Anne-Marie Losoncy y presentada en el Instituto de Etnología de Neuchâtel (Suiza) en octubre de 1997. El trabajo de campo, para realizar este trabajo, se hizo entre septiembre de 1995 y mayo de 1996, en varias estancias. Es importante tener presente esas fechas, porque la realidad de esta parte de Barcelona ha cambiado bastante desde entonces y aunque ciertas tendencias destacadas se han visto confirmadas, seguramente se ha ido destruyendo un imaginario colectivo con nuevos matices, a medida que las modificaciones en el barrio se hacían efectivas, por pequeñas que estas hayan sido.

* Nadja Monnet es antropóloga, investigadora y colaboradora en el Departamento de Migraciones de la Fundació CIDOB de Barcelona

1. Es decir la parte de Ciutat Vella que se ubica, de un lado, entre la Vía Laietana y la calle Princesa y por el otro, entre la calle del Comerç y la calle Sant Pere Més Baix /Rec Comtal. El Casc Antic está

aclarar ciertas fronteras erigidas frente a lo «distinto» y que complica, o a veces impide, el diálogo; o, al revés, hacer notar las astucias para convertir al otro en su semejante y dar paso de esta manera a la comunicación. Empezaré enumerando las principales características del sector estudiado.

Campo de investigación

Los límites dados a mi área de estudio pueden parecer algo arbitrarios. En efecto, es difícil hablar de un “trozo” de ciudad sin referirse al conjunto. Sin embargo, dejando de lado las ventajas metodológicas que implica este recorte, la parte escogida puede ser vista como una unidad en sí. En efecto, para una buena parte de las personas entrevistadas, se refiere a un marco de referencia familiar, que es considerado a veces como un lugar protector frente a la inmensidad y a las masas anónimas del resto de la ciudad. No obstante, eso no debe hacernos creer que el espacio tal como lo he delimitado funcione como un círculo cerrado y sea impermeable a todo tipo de influencias externas.

En la actualidad, el Casc Antic sigue estando en plena mutación, debido al denominado PERI (Plan Espacial de Reforma Interior) del Casc Antic que ya estaba en vigor durante mi trabajo de campo y que todavía no se ha llevado a cabo del todo. Éste tiene como objetivo sanear el denso tejido urbano de este sector que se constituyó a lo largo de los siglos. En esta zona, son derruidos numerosos edificios vetustos para dejar sitio a nuevas construcciones o creaciones de espacios públicos. Los que quedan de pie están en proceso de rehabilitación, después de más de un siglo de descuido. Este sector es en su mayoría una zona peatonal donde proliferan los pequeños negocios, especializados sobre todo en productos comestibles y textiles. Tiene también su propio ritmo que se parece más al de un pueblo que al de una gran ciudad cosmopolita con sus horarios ininterrumpidos.

incluido dentro de la subdivisión del padrón llamada Parc cuya población total era de 23.915 habitantes durante 1986, de 21.994 en el 91 y de 20.132 en 1996. Para las mismas fechas, la población extranjera era de 408 individuos en el 86 (o sea el 1,7% de la población total), de 843 en el 91 (3,4%) y de 1.555 en el 96 (7,7%). Fuente: *La immigració estrangera a Barcelona* (taula 23, p. 86).

En cuanto a la población, desde hace varios decenios, en este sector se suceden las olas de inmigrantes. A principios de siglo, después de los “catalanes del interior”, eligieron residencia en esta zona españoles del resto del Estado (principalmente gallegos y murcianos). Este flujo irá aumentando hasta los años 70 y, poco a poco, se verá sustituido por las migraciones extra-europeas aunque éstas destacan sólo desde hace muy poco tiempo. En 1995 se empadronaron en el sector, 134 filipinos (sobre todo mujeres), y 510 marroquíes (hombres solos y/o con su familia),² algunos de los cuales ya vivían en el barrio desde hace más de 20 años. En aquella época, a finales de los 70, también había llegado gente del África Negra (principalmente hombres senegaleses muchos de los cuales ya no viven en el barrio). Más recientemente se instalaron pakistaníes (entre los que predomina el sexo masculino) y la mayoría de los dominicanos (mayoritariamente mujeres). Al leer las estadísticas disponibles³ se puede observar que el Casc Antic constituye una zona de concentración preferente para algunos grupos, particularmente para los marroquíes y los dominicanos, pero también para los sub-saharianos, porque es en esta parte de la ciudad donde sus “comunidades” se han establecido más claramente; tanto en términos absolutos (dominicanos y sub-saharianos) como relativos (marroquíes).⁴ También se instalaron

2. Las cifras de 1997 son las siguientes: marroquíes, 545; europeos, 241; dominicanos, 196; filipinos, 170. Fuente: *La immigració estrangera a Barcelona* (quadre 7, p. 88).

3. *La immigració estrangera a Barcelona; L'observatori permanent de la immigració a Barcelona, 1994-1997*. Fundació CIDOB - Ajuntament de Barcelona: CIDOB edicions, 1998, 124 pp.

4. Es interesante observar que para los marroquíes, aunque numerosos en el sector, esta parte de Ciutat Vella no es en la que la mayoría de ellos se instaló (510 marroquíes vivían en el barrio en 1995 contra 712 que se empadronaron en el Raval y en 1997, 545 contra 842 en el Raval). El mismo fenómeno se produce para la mayoría de los grupos nacionales que conviven en mi campo de observación, excepto para los dominicanos. Notaremos también que en el Raval no existe el predominio de un grupo en relación con los demás. Así, en el Raval, los colectivos nacionales más importantes (marroquíes y filipinos) sólo representaban en 1995 (por orden) el 26,4% y el 25,8% de la población extranjera. En cambio, en el sector Parc, los marroquíes tienen el porcentaje más elevado (40,2% de la población extranjera), siguen muy de lejos los europeos (con el 13, 7%), los filipinos (10,6%) y todavía más lejos los dominicanos (6,9%). En 1997, se notan algunos cambios en el Parc; así los marroquíes siguen predominando aunque baja bastante el porcentaje (35,05% de la población extranjera), los europeos (15,5%) y los dominicanos (12,6%) aumentan su peso mientras los filipinos se quedan bastante estables (10,93%).

en la zona numerosos europeos que constituían en el 1995 el segundo grupo en importancia numérica (174 personas) después de los marroquíes. Como vemos coexiste una multitud de nacionalidades en este sector. Sin embargo, la actitud general de los habitantes se podría caracterizar por una estrategia que intenta esquivar a los demás, más que por una búsqueda de interacciones. Así, la mayoría de mis interlocutores declaran conocer a muy pocas personas del barrio y repiten continuamente: “En el barrio, cada uno va a su aire”, “No hay trato, cada uno va a su bola”,... Reina, pues, el “cada uno por sí mismo”. La indiferencia hacia los demás aparece como una estrategia colectiva. Este rechazo a inmiscuirse se puede leer como “un acto de tolerancia y esta tolerancia como una virtud interesada”. Así,

“el respeto hacia el otro es un medio activo de preservar su esfera personal de todo tipo de intrusión para seguir practicando y desarrollando territorios interiores dentro del territorio más vasto del barrio” (Toubon 1990: 626, traducción propia).

El barrio da, entonces, la impresión de reducirse a un conjunto de pequeños grupos que viven unos al lado de los otros ignorándose la mayor parte del tiempo y con una regla de oro que lo rige todo: la de la “no-injerencia en los asuntos de los demás”.

La imagen del “Otro” y sus incidencias en las relaciones interpersonales

Noté una cierta incomodidad en mis interlocutores para expresar libremente su opinión, cuando se trataba de la población extranjera del barrio, y generalmente esta opinión era dada de forma distante y lo más neutra posible: no tomaban postura ni a favor, ni en contra de unos u otros. Sin embargo, cuando ilustraban sus discursos con ejemplos de casos concretos, casi siempre se esbozaba, poco a poco, una preferencia hacia un colectivo determinado. A partir de ese momento, en la descripción del acontecimiento entraba en juego otro colectivo

que servía como punto de referencia para subrayar las cualidades de un grupo considerado como “aceptable”, y los puntos débiles de otro reconocido como molesto. Reconocimiento que se hacía avergonzadamente. Digo “avergonzadamente” porque ante cada reproche que se hacía, ante cada crítica, el interlocutor se disculpaba y subrayaba que no era racista: “No soy racista, pero...”, “No es que sea racista pero reconozco que...”, “Je ne suis en rien raciste, loin de là, mais...”, “No tengo ninguna discriminación en el corazón, da igual blanco o negro”...

*Autóctonos versus inmigrantes*⁵

Antes de analizar las imágenes del «Otro» propiamente dichas, vale la pena examinar el discurso de mis interlocutores en cuanto al estatuto asignado a los usuarios del barrio. ¿Quién se considera o está considerado como nativo? y ¿quién es percibido como inmigrante y por quién? ¿Andaluces, murcianos o marroquíes que llevan más de 20 años en el barrio se pueden convertir en autóctonos? No parece evidente ni para unos, ni para otros.

La alteridad remite a su propia identidad y plantea la cuestión de la postura de la persona entrevistada, frente a los recién llegados para los antiguos habitantes, o ante la población ya establecida para los nuevos ocupantes. Generalmente los primeros hablan de distintas olas de inmigración y empiezan su enumeración con la llegada de los españoles procedentes de otras partes del país. A continuación, viene la de los filipinos y magrebíes que son considerados como antiguas colonias españolas. Sigue luego, la ola del África Negra y, finalmente, en fecha mucho más reciente, la llegada de los dominicanos y argelinos. Suelen describir la sucesión de estos nuevos habitantes sin ninguna emoción, como un hecho banal y muy común. Aparece como un mecanismo normal, una especie de paso obligado para un

5. Utilizo el término de «inmigrante», salvo otra precisión mía o de mis interlocutores, en el sentido amplio de «persona que viene de fuera».

sector urbano de este tipo. Sólo los últimos inmigrados al barrio provocan a veces reacciones apasionadas.

En cuanto a los “inmigrantes nacionales”, en algunas charlas se nota una ambivalencia entre el hecho de continuar considerando a los españoles de otras regiones como inmigrantes, y la voluntad de darles un estatus distinto en relación con los nuevos inmigrantes (los extranjeros). Así, paralelamente, a pesar del deseo de distinguirlos, de mantener una distancia con ellos, se manifiesta un cierto intento de considerarlos más cercanos, casi como uno del grupo ante la inmigración extra-europea. Igualmente, venir de Europa del Norte o de un país anglosajón, es casi pertenecer a la misma familia en relación con los procedentes de los países llamados “en vía de desarrollo”. Sólo les faltan pequeños detalles (como, por ejemplo, el dominio sin fallo del idioma) para ser totalmente integrados al grupo de los “indígenas”; detalles pequeños que pierden importancia ante el “Otro extra-europeo”, que algunos vecinos ven como “indomables”, “incontenibles”.⁶

Un tendero de origen marroquí (A.), que conoce el sector desde hace más de 20 años, menciona también unos cambios importantes en la composición de la población del barrio. Sin embargo, no es la llegada de extra-europeos lo que sirve para explicar los cambios. Según él, primero fue la aparición de una población negra, asociada al tráfico de drogas; y más tarde, la presencia esporádica de un grupo de jóvenes, del cual A. evita especificar el origen, por miedo, tal vez, de que sea efectuada una rápida asociación entre ellos y su propia persona.⁷ Sabiendo que esta persona también se dedicaba a la venta de drogas, nos podemos preguntar si el primer giro mencionado y considerado por él como significativo en la historia del barrio, no correspondería a un momento de competencia ardua para su negocio ilícito. En cuanto al segundo cambio considerado como importante, los jóvenes amenazarían no sólo, y en menor medida, su trabajo (riesgo de que le roben en su tienda), sino, ante

6. Así, a veces parece utilizar una tipología del tipo «forasteros-inmigrantes-extranjeros», para distinguir (en ese orden) las personas que vienen del resto de España, las procedentes de los países en vía de desarrollo y los ciudadanos occidentales.

7. Como me lo precisará en otra ocasión, se trata de jóvenes argelinos.

todo, su propia identidad ya que estos jóvenes argelinos manchan la imagen general del colectivo magrebí.

Así, los momentos claves en los cambios de población del barrio no son idénticos para todos y dependen fuertemente del periodo de asentamiento en el sector, del estatuto del interlocutor y de sus intereses.⁸ A partir de aquí se plantea la cuestión de saber cómo uno se convierte en un autóctono del lugar. ¿Quién se puede pretender nativo y con relación a quién? Observamos a continuación un caso en el cual la separación entre autóctono y extranjero se realiza de manera muy original. Me refiero a la percepción de un joven marroquí llegado de Francia donde vivió la mayor parte de su vida. Sentados en una terraza, hablamos en francés cuando llegan algunos jóvenes catalanes. Mi interlocutor exclama entonces: “Tiens des touristes!” (“¡Mira, turistas!”). ¡Maliciosa inversión que hace del nativo un foráneo! En efecto, B. considera que, en este barrio, la población mayoritaria es árabe y todos los que no hablan árabe o castellano (que según él constituye el único idioma oficial de España, al no haber sido sensibilizado todavía a la causa catalana), son considerados como extranjeros. El estatuto jurídico de la «autoctonía», pues, no es siempre perceptible a simple vista, y puede en consecuencia sufrir curiosas distorsiones. Del mismo modo, hay personas que siguen recibiendo tratos distintos que los demás españoles, aunque hayan adquirido la nacionalidad.

¿Qué es, pues, lo que hace que algunos individuos, en un momento dado, pasen del estatuto de foráneo al de nativo? Parecería que la llegada de nuevos grupos de individuos con rasgos similares permita esta transición. Pero ¿tenemos aquí el único factor explicativo? Para algunos, este estatuto de «autóctono» parece tardar muchos años en ser reconocido (a veces hasta varias generaciones), tengan o no nacionalidad española. Así, dejaremos con Micheline Rey (1993) la pregunta abierta en cuanto a los elementos determinantes para convertir el inmigrante en un autóctono: ¿es el origen?, ¿el pasaporte? (y en este caso ¿qué pasaporte: él de la madre, del padre o el suyo?),

8. En mi tesina subrayé también que ante los nuevos habitantes, los antiguos residentes tienden a reconstruir el pasado del barrio como un conjunto homogéneo (menos delincuencia que, además, estaba perfectamente integrada al conjunto, y aceptada; unidad a nivel socioeconómico; unidad cultural más marcada...).

¿es la situación profesional?, ¿la estabilidad?, ¿el servicio militar?, ¿el dominio del idioma local o el monolingüismo?, ¿el número de personas?...

En todo caso, el estatuto de «autóctono» parece emparentarse más con una categoría analítica que real. Por eso, sería interesante examinar, en el discurso de los que se definen (explícitamente o no), como nativos u originarios de un lugar, de qué manera justifican este estatuto. Deberíamos también reflexionar sobre cuáles son las condiciones que permiten que se transforme la identidad colectiva de la sociedad para hacer «perder» al «otro» su alteridad e incorporarlo al «nosotros» colectivo, ya que, cuando se establecen nuevas relaciones, la “cultura” se transforma. A partir de este momento,

“las élites culturales deben formular nuevos mitos de incorporación social y difundirlos de tal manera que sean globalmente aceptados por la población” (Breton, 1990: 10, traducción propia).

Como no recogí la información suficiente para un análisis de este tipo, me limitaré a mencionar más adelante los parámetros que hacen del extranjero una persona menos extraña, más familiar, y, en consecuencia, aceptable en la categoría de los «semejantes».

Pero antes, observemos lo que los vecinos del Casc Antic entienden bajo el término de «inmigrante». Generalmente está asociado a las migraciones extra-europeas. En efecto, fueron escasas las veces en las que mis interlocutores mencionaron espontáneamente a los comunitarios europeos cuando se trataba de hablar de la composición de la población del barrio, y les parecía poco probable que eligieran esta zona para establecerse. Durante una conversación, un antiguo artesano exclamó: “¡Alemanes aquí? No... Los Alemanes no trabajan de obreros, hacen trabajos mejor pagados y viven por otras partes”. Para la mayoría de los vecinos, pues, los europeos que viven en el sector representan casos atípicos de las corrientes migratorias que provienen del Norte de Europa. Definidos como personajes originales, artistas o estudiantes con pocos recursos, y que residen provisionalmente en el barrio, constituyen una población “fluctuante”. Cuando se habla de “inmigrante”, se

piensa pues, ante todo, en las personas que son originarias de los países llamados “en vía de desarrollo”. Se menciona a la gente que es considerada muy distinta y más “visible”.⁹ «Sudacas» y «moros» alcanzan las primeras posiciones en las enumeraciones.

Tanto del lado de los catalanes y de los procedentes del resto de España como del de los extranjeros, la opinión general quiere ser conciliadora y lo más objetiva posible. Así, «entre los inmigrantes como entre los nativos, hay tanto «buenos como malos» me aseguran los vecinos. Desde el punto de vista de los antiguos residentes, los «buenos inmigrantes» son los que conocen bien y con los cuales pueden tener confianza, los «malos» son los que acaban de llegar y que tienen conductas poco recomendables. Estos preocupan, y la presencia asidua de la policía confirma esta inquietud:

“Ahora ha llegado una emigración, de hace pocos años por acá, que es una emigración muy mala...; porque es mala aunque sea gente buena, pero hay muchos enfrentamientos entre ellos. Entonces, hay días que tienen que estar dos coches de policía o tres en la plaza ésta, todo el día, porque entre ellos hay rivalidades. Y esto es malo; en un barrio es malo” (Sra. C., española entre 50-55 años, originaria de León, que vive desde 25 años en el Casc Antic).¹⁰

Generalmente los inmigrantes son asociados a una serie de problemas:

“A ver, aquí no viene todo el mundo ¿no? Viene cierto tipo de inmigrantes, inmigrantes que han tenido problemas, ya, ya para buscar... [...] la gente que ha venido de inmigrante, ha venido sin medios, sin recursos” (F, joven catalán, establecido en el barrio desde hace varios años).

9. Aunque la “visibilidad” es poco objetiva y difícil de medir. Puede sufrir grandes variaciones en función de la manera de percibir la “diferencia cultural”. Porque la diferencia no viene dada de antemano. Una persona es distinta sólo en relación con otra. Así, “establecer una diferencia, es, evidentemente, efectuar un acto mental, establecer una relación, proceder por comparación” (Lenclud en *La différence*, 1995: 17).

10. Su descripción se refiere a un grupo de dominicanos que se agrupaban cada fin de semana alrededor de un bar.

Si la población africana es, a menudo, vinculada a historias de drogas, sobre el colectivo dominicano pesa una imagen de frivolidad, de mujeres ligeras, etcétera. Además, varios vecinos sospechan que las dominicanas se prostituyen y que los propios dominicanos son sus chulos. De esta manera, una actividad delictiva bien definida, está asociada a cada uno de los grupos más visibles del barrio. La imagen negativa que les es atribuida los caracteriza globalmente y los encierra en una categoría de la cual les costará desvincularse.

Por otra parte, a menudo, los inmigrantes están vinculados a la pobreza: pobreza material y/o cultural, falta de educación...¹¹ Por ejemplo, los dominicanos son vistos como gente que vive en condiciones lamentables, hasta 26 en un mismo piso: «con lo cual es normal que invadan constantemente la calle, porque es absolutamente imposible convivir todos juntos en una superficie tan pequeña», asegura la responsable de una asociación del barrio. Los habitantes de la zona se imaginan a los inmigrantes viviendo amontonados en locales muy baratos, en malas condiciones y sin comodidades. La mayoría de los pisos que parecen serles destinados están en efecto en un estado muy preocupante, pero las condiciones alarmantes de estos, ocultan otra realidad: la de la población inmigrante que ha elegido por propia voluntad vivir en el sector y que incluso, a veces, ha comprado su piso. Sin embargo, a la mayoría de los catalanes y de los procedentes del resto de España les resulta inimaginable que personas que hayan acumulado un poco de dinero, quieran seguir viviendo en este barrio.¹²

Seres vistos como deficientes («pobres», «ignorantes», según las palabras de algunos), sus carencias son constantemente subrayadas hasta parecer ser constitutivas de su condición. Ahora bien, algunos tenderos entrevistados resultaron ser personas con títulos universitarios: licenciados en filología

11. Notamos que los nuevos habitantes (inmigrantes y jóvenes catalanes, recién llegados al barrio) retoman esta imagen de “falta” al caracterizar a la población autóctona: muchos ancianos, mucha gente humilde y con escasos recursos, gente de poca educación... Así, estas constataciones de carencias se hacen eco una de otra. Inmigrantes y nativos utilizan los mismos criterios para describirse.

12. Subrayamos también que con la especulación inmobiliaria que introdujo las obras del PERI, la idea según la cual los alquileres son más bajos en esta zona, se ha convertido en un mito más que una realidad objetiva.

francesa, en derecho, en psicología... Son numerosos los inmigrantes que han recibido una formación superior en su país, contrariamente a la visión comúnmente difundida. Algunos, incluso, eligieron libremente emigrar de su país, aunque allá tenían una situación (financiera y/o social) mejor a la que se encuentran en Barcelona.

“El cambio en la convivencia es lo que te digo, porque, bueno, los trabajadores que había, eran trabajadores... pero sin ser un nivel cultural tan bajo, como el que hay ahora. Los inmigrantes han venido, aparte del problema que tienen del nivel cultural, de que ya son inmigrantes que ya estaban mal en su país, por eso, han venido a éste, o sea, que allá no han tenido mucha cultura, ni muchos medios, claro, encima, vienen a un sitio donde la cultura aún es peor para ellos, porque no entienden nada, entonces, claro, se ha bajado mucho el nivel cultural. Antes, pues, no había mucha gente, pero por ejemplo, se celebraban las fiestas tradicionales de este barrio mucho: de Sant Jordi, de... Ahora se celebra menos, porque evidentemente a toda esa gente no le puedes explicar lo que es Sant Jordi, les costará unos años adaptarse a nuestra tradición y nuestras cosas” (Joven, nacida en Barcelona, de padres leoneses que vivió toda su infancia en el Casc Antic; ahora vive fuera de Barcelona).

Según este punto de vista, la llegada de nuevos inmigrantes revela un descenso del nivel social del barrio y del mismo modo explica la degradación de las relaciones entre vecinos. Se trata entonces de “educarlos” y enseñarles las costumbres barcelonesas¹³ para que la vida del barrio renazca. A menudo, mis interlocutores olvidan que el inmigrante llega con sus propias costumbres; parecen considerarlo como un receptáculo vacío de conocimiento y de práctica, dispuesto a recibir sin pestañear todo lo que le propone la sociedad catalana, y estando siempre muy agradecido.

13. El tono del discurso en este caso se vuelve muy paternalista.

Los vecinos también se representan a los recién llegados como personas que deben luchar constantemente para sobrevivir, lo cual no les permite comprometerse para mejorar su entorno:

“Evidentemente, los inmigrantes vienen a este barrio por razones económicas, y por eso en primer lugar buscan arreglar sus problemas antes que los del barrio. Y si participan es más como habitantes y no tanto como inmigrantes” (socio del Agrupament dels Aturats).

La despreocupación hacia el entorno inmediato es un elemento que se suele utilizar también para caracterizar a la inmigración europea. Y es la única vez que se ven reunidos bajo una misma característica tanto los procedentes del Norte como los del Sur.

Es difícil, pero no improbable, encontrar personas que subrayan las aportaciones de los inmigrantes. Durante un debate en la Escola d'Adults sobre los cambios del barrio, varias personas no cesaban de asegurar que éste no tiene nada que ver con lo que era antes, ya que muchos de los colmados han cerrado. Un senegalés se opuso a este punto de vista, subrayando que desde que conoce el barrio (15 años), las tiendas no han cerrado, sino cambiado de dueño. Una mujer española lo apoya al observar:

“Es gracias a los inmigrantes que el barrio sigue viviendo, porque abren negocios cuando todos los españoles traspasan sus tiendas y se van” (mujer de unos 50 años que vivió varios años fuera de España).

La relación con las migraciones no es por consiguiente neutra. ¿Por qué las migraciones generan tantos problemas si se trata de un fenómeno banal que siempre ha existido? En efecto, los “problemas” nacen, y aquí vuelvo a exponer una idea de M. Rey, de una fuerza de diferenciación y de la reacción que ésta engendra.

Rasgos considerados pertinentes para marcar la diferenciación o los «círculos de la alteridad»

Apariencias, lenguajes, actitudes y reputación, así como las afinidades culturales o las convicciones religiosas o, incluso, justificaciones históricas pueden servir para edificar diferencias, entre uno mismo y los demás. Primero, es a partir de lo que se ve como la diferencia se hace evidente:

F: Los dominicanos son... normalmente... son más mulatos, o sea, más mezclado con negros, pero latinoamericanos. El argentino es blanco. Se confundirá más fácilmente. [...]

H: Sí. O sea que el argentino al ser descendiente del europeo pasa desapercibido.

F: ¡Ah! y no se nota.

H: Si tu ves... un argentino y tu no sabes si es un español o...

F: ...si te habla, puede ser un italiano...

H: ...pero si tú eres magrebí...

F: ...se nota...

H: ...o africano...

F: ...se nota...

H: ...o filipino...

F: ...se nota...

H: ...por la cara se nota.

F: ...se nota”

(conversación entre dos hermanos (hermanos C.) de unos 50 años, nacidos en el barrio pero que viven fuera de España).

Así, el color de la piel, como la fisonomía o la manera de vestirse son generalmente los primeros elementos mencionados para explicar las diferencias. De esta manera, la oposición blanco/negro sirve para señalar contrastes o a veces expresar temores:

“Este señor de arriba, negro, negro ¿lo conoces? que es negro, es un tío muy alto, y ves aquello... el primer día que vine [...] me subo a oscuras y vas a apretar el botón y me veo un tío que baja, alto, negro, más alto que un tirón, ¡ay! me hizo una cosa aquí dentro (muestra su pecho) [...] (y con tono dramático) y ella [es decir la mujer de este hombre] es blanca como nosotras. Es decir: nada, pero... que somos diferentes me parece” (Anciana (Sra. R.) que nació en el barrio y que acaba de volver a él después de una ausencia de 17 años).

Las tonalidades intermedias pueden provocar confusiones o también conducir a algunos a lanzar grandes discursos sobre la elaboración de las razas. En primer lugar, aquí están las palabras de una mujer que se pregunta a qué raza pueden pertenecer los dominicanos:

“Sabes, no sé de qué raza son esta gente, no sé... No son marroquíes ¡eh!, ni son negros, hay una..., no sé qué raza es esta. Son medio bajitos, medio gorditos. Hay muchos. Muchos hay en este barrio.” (Sra. C.).

Estas personas, percibidas como extrañas, fuera de lo común, y que además abundan y destacan en el barrio, parecen ubicarse en el cruce entre dos “razas”, lo que le plantea a la Sra. C. un problema de clasificación. Otros dijeron esto para clarificar el estatuto de los argentinos:

“El argentino es una mezcla mayoritariamente de español con italianos. Esos son los colectivos grandes que hay en Argentina, entonces es esta mezcla. Nosotros tenemos una prima [...], la hija de una tía [...], entonces ella, tiene una hija, ella se casó con un italiano, tuvo una hija que es venezolana, pero sus características raciales son argentinas porque es la mezcla español e italiana. Es lo que predomina, entonces ella parece más argentina por esta mezcla” (hermanos C.).

Constatamos así que el ejemplo de la prima venezolana impone unas extrañas distorsiones a los criterios de distinción basados en la nacionalidad.

Si existen matices en las tonalidades negras, se encuentra también toda una panoplia de tonos blancos. Para un extranjero puede resultar difícil distinguir entre ciertos españoles y magrebíes, cuando para los barceloneses la diferencia es obvia: los magrebíes son más morenitos, explican. Ciertos vecinos reconocen sin embargo, que les cuesta diferenciar un marroquí de un argelino. Así, algunos grupos tienden, según los puntos de vista, hacia lo blanco o lo negro. Por ejemplo, una mujer de Ghana describe a las personas que se dedican a robar como extranjeros blancos. Sin poder precisar más el origen de aquellos, para ella, sin lugar a dudas, dos elementos les caracterizan: no son españoles y son blancos. Ahora bien, para los españoles, estos ladrones pertenecen con certeza al mundo magrebí, es decir, son personas de “color”, como dice a menudo la gente del barrio para referirse a la inmigración extra-europea.

Las tipologías varían, pues, según las sedes de observación pero todas sirven para clasificar, para organizar las diferencias. En consecuencia, los elementos que no encuentran lugar en ellas, perturban la lógica de reagrupamiento. Estos híbridos a menudo desconciertan y son objeto de preocupaciones.

El oído también informa sobre las diferencias: idiomas, acentos, manera de expresarse de las personas que nos rodean, son también, por tanto, índices que diferencian a los unos de los otros. Así el idioma que se utiliza para comunicar puede convertirse en un puente o en una manera de distinguirse, según las circunstancias. En efecto, el aprendizaje de la lengua del lugar de acogida es una manera de atenuar su «alteridad». Hasta tal punto que si el acento está perfectamente imitado, algunos extranjeros se ven asimilados a autóctonos. Por ejemplo, una anciana se imagina que su vecino neozelandés es catalán ya que habla el catalán a la perfección. Sin embargo, para algunos hablar perfectamente el idioma local no basta para ser confundido con los catalanes, aunque a través de este aprendizaje sus oportunidades de ganar la confianza de los “autóctonos” se ven aumentadas. La ropa permite también desbaratar las apariencias. Vestirse es ponerse en escena y el hecho, por ejemplo, de dejar su ropa de paisano puede atenuar ciertas fronteras y favorecer el contacto. Un tendero explica: “estos árabes se visten como los europeos pero sus cuñados siempre llevan el traje tradicional (pone cara de asco), aunque

viven aquí desde hace varios años”. Para esta persona, el hecho de que estos magrebíes se vistan como europeos favorece el contacto, una cierta distancia cae y se hace posible un intercambio de saludos. En cambio, con los otros miembros de la familia ni siquiera se miran cuando se encuentran por la escalera. La ropa da, pues, informaciones sobre las personas con las que nos cruzamos. Algunas apariencias molestan porque están consideradas como un disfraz de la verdadera personalidad de quienes las llevan. Así, varios vecinos subrayan el chic de los argelinos con sus medallas y collares de oro, puntuando estas observaciones con comentarios tal como éste: “Los argelinos se visten como grandes señores pero roban para sobrevivir”. A veces se perdona la excentricidad de la ropa de los dominicanos en compensación con la austeridad de los velos musulmanes. Pero también estos portes inesperados provocan la indignación: “En las Ramblas, en sus peores tiempos, en donde se juntabas las fulanas, yo no había visto aquello ¡eh!... Cuando veo esto, me digo: «¡Dios mío, qué barrio!»” (Sra. C.). En este caso, sus maneras de vestir junto con sus actitudes entendidas como exuberantes les hacen pasar a la categoría de prostitutas.

Como vemos, la ropa habla y forma parte del lenguaje no verbal que se establece en el barrio. Permite recortes que no son siempre los comúnmente admitidos. Así detrás de un velo musulmán no sólo se encontrará una mujer magrebí, sino también puede haber una catalana convertida al Islam. La ropa afirma, pues, una identidad e informa también, al dar señales, sobre la persona que la lleva. Señales que deben ser descifradas por los interlocutores para poder posicionarse de manera adecuada, porque algunas marcas materiales de la identidad (idioma, ropa, actitud) engañan.

“Así, durante las interacciones se establece un período de observación en el cual los dos compañeros buscan activamente los señales que permiten la identificación del otro [...] y el tipo de relación que se instalará entre ambas personas” (Taboada 1989: 59, traducción propia).

A veces se hace referencia a ciertas actitudes para marcar las diferencias. Las maneras de comportarse de los recién llegados pueden ser aprobadas o no, según el punto de vista del interlocutor. Por ejemplo, unos comerciantes con un fuerte rencor hacia los magrebíes, aprecian a los dominicanos que consideran como más abiertos, más agradables y provocadores pero muy trabajadores. Así, el jaleo que arman cada fin de semana (reuniones ruidosas en la calle, hablar en voz alta, gritos, música “a toda pastilla”) les molestan menos que el mutismo de los magrebíes. Además, el hecho de que estas personas tengan un trabajo (hecho que es constantemente mencionado), parece compensar todos los excesos arriba citados. En cambio, los árabes son descritos como flemáticos, incapaces de encontrar trabajo, al preferir robar en vez de trabajar. Algunos que tienen esta opinión, sin embargo, coinciden que no todos los “moros” se parecen. Por eso, afinan su primer esquema, añadiendo que los “marroquíes son más trabajadores que los argelinos que roban por vicio, porque si los dominicanos encuentran trabajo ¿por qué ellos no?”

Según otra perspectiva, el jaleo provocado por las reuniones dominicanas es inaceptable. Choca aún más al ser una mayoría de mujeres jóvenes las que frecuentan los bares cuando en las costumbres de los vecinos más antiguos (tanto españoles como marroquíes) son normalmente hombres los que suelen tener este tipo de prácticas. Por eso está mal visto que estas mujeres vayan a su aire en estos lugares públicos.

La asociación “Negro africano = vendedor de droga” es otro ejemplo del uso del comportamiento de algunos para caracterizar a un grupo entero. Esta ecuación llevó a un senegalés a dejar el barrio, harto de las miradas de sospecha y llenas de miedo de su entorno. Las actividades ilícitas de algunos pueden manchar la reputación del colectivo entero. En consecuencia, y contra su voluntad, todos sus miembros están encerrados en una posición de “anormalidad”. La imagen impuesta desde fuera y en la cual el individuo no se quiere reconocer, lo ata incluso cuando intenta escaparse: además de ser inmigrante y negro, es delincuente. Las representaciones que los grupos se hacen unos de los otros son también, pues, el resultado de la dinámica de sus relaciones.

En cambio, la discreción de los asiáticos y sus actitudes consideradas como irreprochables les hace casi invisibles y les otorga una fama muy buena:

“Filipinos también. Eso es otro colectivo. [...] No se nota. No se ven muchos asiáticos. Pero (son) asiáticos españoles, de Filipinas [...], llegaron los filipinos porque venían a hacer... emm... los trabajos de hogar, primeramente [...] Ahora el colectivo filipino no se nota porque ellos son muy independientes entre sí ¿no? Y ellos tienen cero en delincuencia; o sea gente, pacífica, muy sana, muy sana. No se meten con nadie” (hermanos C.).

Los rumores generales y la fama atribuida a ciertas personas, intensificadas por las actitudes observadas, forman también un medio de clasificar a los habitantes del barrio. Esta dimensión tiene un peso importante en las estrategias de amansamiento o de rechazo frente al extranjero. Por eso, y siguiendo a la observación de J. J. Pujadas (1994: 144), los colectivos inmigrantes que tienen un alto grado de «invisibilidad» tienden a ser los que se ven menos rechazados y menos estigmatizados.

Para un tendero, la memoria histórica y un cierto resentimiento vinculado a ella (tal como el recuerdo de las invasiones árabes, volviendo a tomar su ejemplo), explicarían también el rechazo de ciertos españoles hacia los moros. Otras personas dicen tener más afinidades con los dominicanos porque ellos están “más cercanos culturalmente”. Las palabras de un periodista canadiense traducen esta idea:

“Noto, por ejemplo, que hay un fenómeno muy interesante aquí en el barrio; hay dominicanos que viven en el barrio y con quienes la gente tiene naturalmente más contacto porque son hispanohablantes... Son hispanohablantes y tienen una cultura latina y eso ayuda mucho. Los marroquíes hablan castellano pero tienen una diferencia esencial, es que... vienen de una cultura muy distinta. Para no simplificar demasiado, son musulmanes, no son católicos y eso... y así la diferencia se dibuja una vez más”.

Historia, cultura, pero igualmente la religión pueden constituir otro tipo de factores que generan distancias. Escuchemos a una persona judía de Camerún (S.):

“Los árabes de abajo, no los saludaba, porque yo soy judío y ellos son árabes. [...] es la religión. Necesariamente te preguntan si eres musulmán, ¿entiendes? Entonces yo evitaba esta conversación entre musulmanes y no musulmanes. Es por eso que nunca los saludaba.”

Así las representaciones no resultan sólo de la percepción y de las proyecciones individuales, sino que

“están arraigadas en un imaginario social, fruto de la historia y de las relaciones entre los grupos étnicos o nacionales” (Ladmiral 1989: 199).

Una necesidad de clasificación: los estereotipos y los prejuicios

Me gustaría subrayar el hecho de que, a menudo, la población sólo conoce de manera muy aproximada los orígenes de los vecinos que comparten el mismo espacio residencial. Por parte de los catalanes y de los procedentes del resto de España, ignoran generalmente la procedencia exacta de los inmigrantes y para ubicarlos utilizan nociones muy amplias¹⁴ según las informaciones recogidas a través de la prensa o de la televisión, o también durante conversaciones con amigos y gente del barrio. Por parte de los extranjeros, generalmente son especialistas en reconocer a las personas que proceden de países cercanos a su país de origen, y sobre los demás realizan igualmente suposiciones en función de sus conocimientos generales y de los de su entorno.

14. Proceden a reagrupamientos poco precisos del tipo: «(Norte de) África, México por abajo, Sur de América Latina,...».

Las imágenes de la alteridad formulada por los habitantes son organizadas de cara a constituir un marco de referencia alrededor del «otro» y así poder identificarle mejor. Los primeros tanteos se apoyan a menudo en los estereotipos y los prejuicios,¹⁵ transmitidos por los rumores públicos que circulan en el barrio. Estos índices sirven en cierto modo como puntos de referencia más o menos fijos y tranquilizadores, ya que son compartidos por la opinión pública. Facilitan la construcción de una opinión provisional. En efecto, para Ladmiral y Lipiansky (1989), por un lado los prejuicios dan una explicación tranquilizadora ante lo distinto porque son compartidos comúnmente y así permiten el «ahorro» de una reflexión personal. Por otro lado, los estereotipos esquematizan y racionalizan espontáneamente la diferencia observada. Tienen una función anticipadora; es decir, que preparan, a nivel del imaginario, la situación que un grupo quiere alcanzar o la acción que desean emprender. No todos los estereotipos son negativos. Así, el exotismo, ligado al etnocentrismo, es un ejemplo de estereotipo positivo. En este caso, se trata de una sobrevaloración del «Otro» y de la otra parte. El «Otro» corresponde, entonces, a un otro mítico, idealizado, elaborado por el sueño y el deseo de desorientación (paraíso perdido, alteridad radical) en el cual se invierten las insatisfacciones y las frustraciones generadas por la cultura de pertenencia. Esta actitud impide un conocimiento real del «Otro». El exotismo de esta manera hace “un elogio en el desconocimiento”, utilizando aquí una expresión de Todorov; su exaltación desconoce la realidad.

Estos dos mecanismos (prejuicios y estereotipos) sirven para ordenar, para clasificar a los demás y a uno mismo con el objetivo de poder orientarse mínimamente en la vida social. Sirven para demostrar diferencias, es decir para darles un sentido. La identidad (elemento fundamental de la comunicación) constituye, bajo esta perspectiva, un elemento que otorga seguridad. Permite enfrentar la angustia ante lo desconocido. Está, pues, contenida

15. Disposición más amplia y más pensada que los estereotipos, según las palabras de M. O. Gonthet (1995: 47). Son actitudes o disposición con el propósito de evaluar, a menudo de manera negativa, personas o grupos foráneos a su propio grupo: “refiere a un juicio mental que compagina creencias y valores, al contrario del estereotipo que sólo resulta ser una representación esquematizada” (Gresle, citado por Gonthet, *ibidem*).

dentro de ciertos puntos de referencia, de límites marcados por la identidad con la que el «Otro» se da a conocer o por la identidad que uno le ha asignado. La identidad dada a conocer remite, según Ladmiral y Lipiansky, a un papel preestablecido y ritualizado de la comunicación, es decir, como un ámbito de intercambios bien circunscritos y más o menos limitados; una manera de armonizar las esperanzas, los intercambios y las actitudes. Mientras que las identidades asignadas al interlocutor sirven para adaptar el discurso del locutor a la manera concebida como “decente” por el destinatario. El intercambio se desarrolla entonces en un marco convencional, prefigurado y a menudo estereotipado. De las imágenes (negativas, positivas, idealizadas) pasamos poco a poco a las actitudes.

Finalmente, la identidad está compuesta por un conjunto de conductas propias de una cultura dada y a menudo infravaloradas, porque son consideradas como irracionales, antiestéticas o inmorales. Entre ellas, en el *Casc Antic*, destaca la sensación de “ghetto”¹⁶ que algunos grupos provocan en el imaginario de los vecinos, a través de sus actitudes o actividades. Primero los dominicanos, que según lo que se dice, no se mezclan fácilmente y siempre se juntan entre ellos:

“Es difícil entrar en este grupo, porque son muy cerrados. Forman un ghetto. [...] Tienen que ver sobre todo con bares. No sé por qué. Zonas de reunión. [...] Ellos... parece que se juntan demasiado. No quiero decir que demasiado sea malo o bueno, ¿no? tampoco quisiera decir eso. Pero, yo no he visto... A ver, conseguir una sonrisa de una dominicana o de un dominicano hacía ti es super difícil. Es muy difícil. En cambio, marroquíes, siempre hay alguno que conoces porque busca negocio, porque busca amistad, porque busca sexo, porque busca lo que quiera ¿no? siempre conoces, entonces, eso, pues, te ayuda a contactar ¿no?” (F., joven catalán).

16. Estas imágenes de ghettos tienen impactos distintos sobre los «estereotipos espaciales» (concepto cogido a Mantovani, 1984 y que está ligado a los estereotipos físicos en una perspectiva racista); estereotipos que son atribuidos al barrio por gente que no vive en él o por los medios de comunicación, y que tienen un peso importante en la construcción de la convivencia.

En cuanto a los catalanes y a los procedentes del resto de España se les ve o muy abiertos hacia los recién llegados (porque están muy acostumbrados a convivir con gente de fuera), o más bien cerrados, dependiendo de las experiencias vividas por algunos interlocutores. Una persona de Camerún habló de «tribus» familiares en las cuales resulta muy difícil introducirse:

“Sí, hay tribus. Tribus de manera un poco emmmm... cada familia entre sí, tío, tía,... [...] y además no sé si es un caso general en todas las calles o en toda Barcelona, las familias viven entre sí, se entreyudan y el que no tiene familia es un intruso; entonces, ¡cuéntame como un extranjero puede introducirse! No puede.” (S.).

Otra persona originaria de los países del Este, en cambio, se maravilla por la facilidad con la que se establecen los contactos:

“Estamos en un país latino donde la relación es muy fácil, sin profundidades, pero es fácil. Sí, sí, te vas a una tienda y ya a la segunda compra que haces te conocen y... [...] poco a poco te preguntan de dónde eres, qué haces... [...] Es un mundo muy humano. [...] Es una actitud agradable la que tienen los latinos. Siempre nos fascinaron los latinos, cómo se relacionan entre ellos y también con los extranjeros” (M., húngaro).

Así, la cuestión de apertura o de encierro notada por los foráneos, depende bastante del lugar de origen del inmigrante. Depende de las costumbres en vigor en su país natal pero también de los miedos de la población del país al que inmigra:

“[En Andalucía] no tienen miedo de ser negros, [...] no tienen miedo de perder su cultura, son abiertos [...] Pero donde tu vives, la gente no quiere asociarse; tiene miedo quizá de con... contaminarse de un árabe o de otra cosa, sí, así es en la calle F.” (S.).

En fin, para caracterizar a los europeos se habla de ghettos de guiris. El término “guiri” tiene una fuerte connotación negativa y no se utiliza solamente para calificar a los turistas europeos y norteamericanos de paso por Barcelona, sino también para designar todo tipo de personas occidentales que se establecen en esta ciudad a corto o largo plazo. Los europeos que viven en el barrio parecen constituir círculos bastante cerrados, en función del país de origen, del idioma materno o de su profesión (son descrito como actores, pintores, modelistas o músicos). Tienen sus lugares de encuentro privilegiados (ciertos bares, ciertas plazas) en el corazón de Ciutat Vella, sin embargo ninguno de estos lugares se ubica en el Casc Antic. Los jóvenes catalanes entrevistados marcan bien la diferencia entre estos europeos y ellos mismos. No les gustan las actitudes de aquellos, entendidas como actos de gente que vienen a España para aprovecharse de los bajos precios y hacer todas las tonterías que no se atreven hacer en su propio país:

“Normalmente no hay implicación [por su parte], ni una. Si yo ya me implico poco, al menos lo tengo claro, ellos, lo único que buscan es... hay una nocturnidad, hay una oferta de fiestas y de hacer el loco que no pueden hacer en otro sitio y que no pueden hacer ni en su país ¡eh! etcétera. Y aquí están en libertad, han encontrado su libertad y mira, claro. Y entonces, allí depende que te caigan bien, en general no te caen maravillosamente, pero tampoco te caen mal, o sea que...” (F).

Habría, pues, los extranjeros que vienen con sus ahorros a pasárselo bien, y otros que llegan a Barcelona con la esperanza de poder mejorar su situación, de poder ahorrar previendo un eventual retorno a su país. Posturas bien distintas que seguramente generan actitudes diferentes por parte de los inmigrantes y en consecuencia no las mismas imágenes hacia unos y otros, en el imaginario de la población autóctona. La imagen del otro se elabora, pues, a través de un proceso de reducción, de generalización, ocultando caras de la realidad. A menudo, la alteridad está “cercada” en categorías biológicas cerradas. En tanto que individuo, el que pertenece a un grupo rival es ante todo definido por una desvalorizante figura arquetípica de su categoría

étnica. Aquella le hace las veces de cultura hasta en las relaciones cotidianas de vecindad y en la cual la figura de “sudacas”, “moros”, “guiris” o “catalans” sobrepasa las características individuales; y cada uno encuentra diferencias donde quiere mostrar claramente una frontera que haga el contacto más difícil, aunque no lo impida obligatoriamente.

Sin embargo, al contacto de la diversidad de los individuos reagrupados bajo la misma etiqueta, la opinión formada sobre la base de estereotipos muestra rápidamente sus límites. Reduce demasiado las singularidades de cada uno. Una función importante de la comunicación es la de confirmar (o negar) la identidad de los interlocutores. El otro acepta o rechaza y corrige la definición de él que se le presenta. Ladmiral y Lipiansky (1989) señalan que la tensión que se puede establecer entre dos interlocutores de origen distinto, es paradójica, porque a la vez favorece y permite una comunicación gracias a la atracción ejercida por lo desconocido, pero paralelamente hace este dialogo más difícil por falta de puntos de referencias comunes.

Cuando el extranjero se hace cada vez más «uno mismo»

“Hay extranjeros y extranjeros, y, según la extrema diversidad de los encuentros, algunos lo son más que otros y de otra manera” (Zolberg *in* Simon Barouh, 1990: 118, traducción propia).

Hay que señalar finalmente que no se habla de la misma manera de un conocido foráneo que del conjunto del colectivo al cual pertenece éste. El individuo conocido y bien aceptado es como extirpado de su grupo de pertenencia. El juicio se hace caso a caso, y si uno o otro gana la confianza de los vecinos, está considerado como una persona excepcional dentro de su colectivo. La alteridad del extranjero es olvidada. Los inmigrantes que uno conoce son «majísimos», «muy simpáticos». Son designados siempre con superlativos, como si para poder entrar en el grupo de las personas tratables, no basta ser «majo», «simpático». No, para merecer la atención y el respeto de los autóctonos se debe ser mejor que ellos mismos, valer más que todo el mundo.

Del mismo modo, numerosos entrevistados subrayaron el hecho de que se tenía que ir con cuidado y no caer en la trampa de las generalidades. Así, incluso cuando los juicios de valores hacia un colectivo son fuertemente desfavorables, no se puede hablar de segregación sistemática y generalizada, porque siempre quedan espacios compartidos. Pueden elevarse varios puentes por encima de las fronteras levantadas por el sentido común. Una vez que cae la máscara de las etiquetas atribuidas, son personajes los que se encuentran tanto en la simpatía y la atracción como en la agresividad y el rechazo. En la estructuración de las relaciones la categorización implica en todo caso tres mecanismos (destacados por Ladmiral y Lipiansky): en primer lugar un efecto de contraste, a través del cual las diferencias son exacerbadas; sigue un efecto de estereotipación en el cual se intenta hacer entrar al extranjero en una categoría preestablecida por los prejuicios;¹⁷ y, por fin, un efecto de asimilación por acentuación de las semejanzas.

Conclusión: los factores de diferenciación

Poder acondicionar zonas de transición o crear rupturas en el imaginario¹⁸ depende, pues, de la percepción que cada uno tiene de la alteridad; visión que, por otro lado, condicionan numerosos factores, entre ellos el estatuto/la posición del interlocutor en el barrio. De entre ellos se puede distinguir tres grandes “puntos de observación”:

En primer lugar, y de forma global, hemos podido observar, desde el punto de vista de los catalanes y de los procedentes del resto de España, un a priori favorable hacia la población no autóctona. Sin embargo, y pese al principio de apertura enunciado por ellos al empezar cada charla, entre los autóctonos se dibujan dos tendencias generales: una más bien favorable hacia los dominicanos, porque los encuentran menos solapados, aunque más escandalosos,

17. Entiendo aquí el término de prejuicio como «índices que permiten hacerse una opinión provisional» y por estereotipos «una opinión hecha, reduciendo las singularidades en clichés».

18. Zonas de transición o ruptura que a menudo se yuxtaponen a las de los lugares ajustados en el espacio público por los distintos colectivos que conviven en él.

otra a favor del mundo magrebí, porque es gente más tranquila, menos ruidosa. En segundo lugar, las reacciones de los catalanes recién llegados (como las de los europeos y norteamericanos) son muy calculadas. Es gente joven que han decidido instalarse en esta zona por propia voluntad y que generalmente conoce (aunque a veces de manera muy vaga) la situación del barrio. Llegan, pues, bien dispuestos hacia aquellos con los que convivirán y si no consiguen sentirse bien en este lugar, tienen posibilidad de cambiar de lugar de residencia sin ningún tipo de compromiso. En tercer lugar, los extranjeros son generalmente menos críticos hacia los españoles (catalanes y de otras partes de España) que hacía la gente que también viene de fuera. En general, los juicios más agudos conciernen a los colectivos más cercanos (argelinos y marroquíes entre sí, norte-africanos entre ellos, entre jóvenes catalanes y jóvenes europeos...), porque con los demás la diferencia es, tal vez, bastante más obvia. Se haría casi evidente y así no haría falta marcarla más. Parecería, pues, que una distancia cultural considerable (pero ¿cuáles son los parámetros que nos permiten medir esta diferencia cultural?) permita la no-violencia, y que, al revés, una pequeña distancia facilite la agresividad, porque los límites entre cada “aire cultural” se vuelven problemáticos ante la amenaza de diluirse a cada instante. Sin embargo, finalmente notamos que en general cada uno sigue su ritmo de vida cotidiano sin preocuparse demasiado de lo que pasa en casa del vecino, excepto si lo que los demás hacen le molesta, perjudica sus proyectos o atenta contra el honor de sus paisanos.

Por esto se deben tener en cuenta numerosos factores cuando se trata de entender esta voluntad de no interferencia entre los vecinos. A menudo se deberían buscar elementos de explicación, gobernados por fuerzas subterráneas implícitas. De esta manera, me parece importante tener en cuenta los siguientes factores para entender los fenómenos de distanciamiento de alguna gente a través de las representaciones: primero, los distintos intereses y proyectos de cada uno; igualmente, a veces, para los más pobres, el reflejo de salvaguardar los pocos recursos que se poseen, junto al miedo de verse obligado a compartirlos, condiciona actitudes de rechazo; en tercer lugar, mencionaré una cierta voluntad de “territorialización”, es decir, un deseo de demarcar un espacio propio, delimitado y reivindicado, tal como se podría

entender el hecho, por parte de algunas mujeres musulmanas, de llevar el velo, o también el reagrupamiento regular de ciertas personas en espacios concretos; al final, señalaré una competencia por el uso del espacio público o las rivalidades entre los que “practican” el barrio de la misma manera, es decir que lo utilizan del mismo modo (lugar de residencia y/o de actividad profesional y/o de ocio ...).¹⁹

La representación del «Otro» tiene un peso importante a la hora de establecer o no, relaciones con gente de otro origen. Sin embargo, estas construcciones mentales no impiden obligatoriamente todo tipo de contacto, por infinito que pueda ser. Y entre estas representaciones, más que distinguir entre una visión de los ancianos y de los jóvenes, o entre la de los autóctonos y la de los inmigrantes, se debería considerar la oposición entre los habitantes establecidos desde hace tiempo y los recién llegados al barrio (y apuntamos aquí el papel clave de la antigüedad para domesticar lo foráneo), o, aún, el punto de vista de la población fija versus el de las personas más “fluctuantes”. La población llamada fija por sus actividades diarias, tiene un conocimiento bastante detallado de la realidad del barrio. Esta gente está presente continuamente y sus actividades están estrechamente vinculadas con la vida del barrio. En cambio, las personas calificadas de “fluctuantes”, es decir, de paso y/o cuyas actividades no las implican cotidianamente con la zona, tienen una concepción más vaga de su vecindario. Generalmente sus opiniones se basan en el rumor o el discurso de los medios de comunicación, con lo cual resultan más esquematizados.

Así, el fenómeno identitario estructura las relaciones interpersonales tanto como el espacio social. Tiene como efecto el mantener una tensión y un equilibrio entre similitudes y alteridad, unidad y diversidad, continuidad y diferenciación (Ladmiral 1989: 129). Muchos de los rasgos de identidad

19. Desde esta observación, planteo la hipótesis siguiente, a saber, que entre dominicanos y marroquíes haya más probabilidad de enfrentamiento, porque estos dos colectivos utilizan las mismas funciones del barrio, al ser para ambos colectivos un lugar de residencia, de trabajo y de ocio. En cambio, en la calle Princesa, sector mayorista, los conflictos tienen pocas posibilidades de estallar, ya que la relación dominante (la de vendedores-clientes) está muy codificada y es difícilmente intercambiable. Además, vendedores y clientes se necesitan y ni unos ni otros suelen tener su domicilio en ésta zona.

obedecen más a las redes de las relaciones con los vecinos que a una necesidad interna. La diversidad está aquí menos en función de la distancia de los grupos que de sus interacciones. El etiquetaje social es un pre-requisito de todo tipo de interacción, dista mucho de ser rígido, estático o, aún, fijo, está en constante dialéctica ya que los criterios de clasificación están en constante redefinición. Así, las especificidades “étnicas” no son un conjunto de contenidos, sino una red de interrelaciones que sirven de protección en ciertos casos o de fortaleza en otros. Además, el cruce de las pertenencias categoriales (por ejemplo: jóvenes, estudiantes o también: habitante desde hace tiempo, negociante...) contribuye a disminuir y atenuar los mecanismos de discriminación, lo cual permite una mejor intercomprensión.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGUSTINS, G. (1994) “L’identité: une démarche trans-culturelle est-elle possible?”, *Ethnologie du Portugal: unité et diversité.- Actes du colloque*, Paris, 12-13 mars 1992, tiré à part, pp. 295-306.
- ABOU, S. (1986) *L’identité culturelle. Relations interethniques et problèmes d’acculturation*, Paris: Éd. Anthropos, (1^a ed. 1981).
- ALEGRET, J. L., MORERAS, J., SERRA, C. (1991) *Como se enseña y como se aprende a ver al otro*, Barcelona: Ajuntament.
- ALTHABE, G. (1993) “Construction de l’étranger dans les échanges quotidiens”, *Civilisations*, vol. 42, n° 2, pp. 217-227.
- ATXOTEGUI, J. (1995) “Migrar: duelo y dolor; Qué ganan, qué pierden los emigrantes al alejarse de su país”, *El viejo Topo* (Barcelona), n° 90, pp. 31-38.
- BASTENIER, A. (1993) “Les relations interculturelles sont des rapports sociaux, donc des conflits à issue incertaine” en Collot, A., Didier, G., Loueslati, B. (eds), *La pluralité culturelle dans les systèmes éducatifs européens*, Centre régional de documentation pédagogique de Lorraine, pp. 183-190.
- BARTH, F. (comp) (1976) *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, México: Fondo de Cultura Económica, (Versión original en noruego, 1969, Oslo: Universitetsforlaget).

- BRETON, R. (1990) "Ouverture", en Simon Barouh, I., Simon, P. R., *Les Étrangers dans la ville. Le regard des sciences sociales*, Paris: Éd. L'Harmattan, pp. 5-12.
- CAMILLERI - MARGALIT (dirs) (1989) *Chocs de cultures: concepts et enjeux pratiques de l'interculturel*, Paris: Éd. L'Harmattan.
- CASTIEN MAESTRO, J. I. (1993) "España y Marruecos en los discursos de los inmigrantes marroquíes", *IV Congreso de antropología del estado español*, Santa Cruz Tenerife: ed. Asociación canaria de antropología, vol. ?, pp. 173-186.
- CERTEAU, M. DE (1985) "L'actif et le passif des appartenances", *Esprit*, Paris, núm. 6, pp. 155-171.
- CLANET, C. (1990) *L'interculturel. Introduction aux approches interculturelles en Éducation et en Sciences Humaines*, Toulouse: PUM.
- ESTEVA FABREGAT, C. (1973a.) "Aculturación y urbanización de inmigrados en Barcelona. ¿Cuestión de etnia o cuestión de clase?", *Ethnica. Revista de antropología* (Barcelona), núm. 5, pp. 137-189.
- (1973b) "Inmigración, etnicidad y relaciones interétnicas en Barcelona", *Ethnica. Revista de antropología* (Barcelona), núm. 6, pp. 73-129.
- GALLISSOT, R. (1983a) "Au-delà de la mode identitaire", *L'homme et la société*, Paris, núm. 1, pp. 7-11.
- (1983b) "Sous l'identité, le procès d'identification", *L'homme et la société*, n° 1, pp. 12-127.
- (1992) "Pluralisme culturel en Europe: identités nationales et identité européenne. De l'intellectuel métis au métissage culturel de masses", *Information sur les sciences sociales*, SAGE, Londres, Newbury Park et New Delhi, 31, núm. 1, pp. 117-127.
- GONSETH, M. O. (1995) *La différence*, Musée d'ethnographie de Neuchâtel: GHK éditeurs.
- JULIANO, D. (1993) *Educación intercultural. Escuela y minorías étnicas*, Madrid: Eudema.
- (1994) "La construcción de la diferencia: los latinoamericanos", *Papers*, Bellaterra, UAB, núm. 43, Departamento de Sociología, pp. 23-32.

- LADMIRAL, J. R., LIPIANSKY, ED. M. (1989) *La communication interculturelle*, Paris: Éd. Armand Colin.
- LOSONCZY, A. M. (1996) “La nature de l’humain et l’humain de la nature”, en *Natures en tête*, Neuchâtel, Musée d’ethnographie, pp. 27-43.
- MANTOVANI, J., SAINT RAYMOND O. (1984) “Espace et coexistence interethnique”, *Espaces et sociétés* (Paris), vol. 45, pp. 9-21.
- La immigració estrangera a Barcelona; L’observatori permanent de la immigració a Barcelona, 1994-1997*, (1998) Fundació CIDOB-Ajuntament de Barcelona: CIDOB edicions.
- ORIOU, M. (1979) “Identité produite, identité instituée, identité exprimée: confusions des théories de l’identité nationale et culturelle”, *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. 66, pp. 19-28.
- (1985) “L’ordre des identités”, *Revue européennes des migrations internationales*, vol. 1, núm. 2, pp. 171-185.
- PAPERS (1994) “La construcción social del inmigrante”, *Papers. Revista de sociologia*, Bellaterra: Servei de publicacions de la UAB, núm. 43.
- PROVANSAL, D. (1993) “Autóctonos, migrantes e ilegales. la producción social de la diferencia cultural y del racismo”, *Migraciones, segregación y racismo, Actas del IV Congreso de Antropología del Estado Español*, Santa Cruz de Tenerife: ed. Asociación Canaria de Antropología, pp.?
- (1997) “La inmigración extra-comunitaria desde la perspectiva de las ciencias sociales”, *Quaderns de l’ICA*, núm. 11, pp. 7-26.
- REY, M. (1992-1993) “L’enjeu éducatif des migrations”, *Les migrations internationales*, publication de l’université de Lausanne, fascicule núm. 84, cours général publique, Lausanne, Éd. Payot, pp. 71-118.
- SAADI, M. (1982) “Cohabitation et relations inter-ethniques à la Goutte d’Or”, *Phuriel*, núm. 31, pp. 55-64.
- SANTAMARIA, E. (1994) “«Extranjero», nada menos que una palabra mayor”, *Papers*, Barcelona, núm. 43, pp. 63-70.
- SEGALEN, M. (pres) (1989) *L’Autre et le semblable*, Paris: Éd. CNRS.
- SIMON BAROUH, I., SIMON, P. J. (1990) *Les Étrangers dans la ville. Le regard des sciences sociales*, Paris: Éd. L’Harmattan.

- STOLCKE, V. (1994) "Europa: nuevas fronteras, nuevas retóricas de exclusión", *Extranjeros en el paraíso*, Barcelona: Virus, pp. 235-266.
- TABOADA LEONETTI, I. (1989) "Cohabitation pluri-ethnique dans la ville: stratégies d'insertion locale et phénomènes identitaires", *Revue européenne des migrations internationales*, vol. 5, núm. 2, pp. 51-70.
- TODOROV, T. (1989) *Nous et les autres: la réflexion française sur la diversité humaine*, Paris: Éd. Du Seuil, 538 pp.
- TOUBON, J. C., MESSAMAH, K. (1990) *Centralité immigrée. Le quartier de la Goutte d'Or*, Paris: L'Harmattan/C.I.E.M.I., t.1 y 2.

RESUMEN

En este artículo trataremos de entender qué influencia tiene la percepción del «Otro» en las relaciones de convivencia dentro de un barrio. La investigación se realizó en un ámbito muy concreto: el Casc Antic de Barcelona y a partir de los testimonios reunidos se intentó comprender los mecanismos que conducen a los habitantes a establecer zonas de transición o de ruptura, hacia los recién llegados, en su imaginario. La primera parte indaga el concepto de "autoctonía": ¿quién es autóctono? y ¿a partir de cuándo uno deja de ser inmigrante? A continuación sigue una descripción sobre cómo están considerados los inmigrantes del Casc Antic. Pobres (en todos los sentidos de la palabra), extra-europeos y a menudo trayendo con ellos una serie de problemas, estos extranjeros son caracterizados con rasgos bien específicos para cada uno de los grupos mayoritarios en el barrio. Así, y mencionando sólo a los dos colectivos de los cuales se habla más en la zona, fiestas, jaleo, frivolidad y despreocupación podrían rimar con dominicanos; mientras que robos, oraciones, velos y austeridad serían características de la población magrebí. Si bien estos estereotipos sirven para definir cada grupo y facilitan un trabajo de clasificación, sin embargo, demuestran rápidamente sus límites al reducir demasiado las singularidades de cada persona. Así, una función de la comunicación es la de confirmar o negar la identidad asignada a los interlocutores. En este último caso, poco a poco se crean puentes que reducen cada vez más la "alteridad" del «Otro». Finalmente se subraya la flexibilidad de estas representaciones de la alteridad, dado que los criterios de clasificación están en constante redefinición.

ABSTRACT

This article tries to understand the influence another person, the “other one”, has with relation to living together in a neighbourhood. The investigation was carried out in a very definite environment: the Casc Antic of Barcelona. Taking into account the witnesses that met together, we have tried to understand the mechanisms that led the inhabitants to establish areas of transition or rupture towards the recent arrivals, in their imagination. The first part questions the idea of “the immigrant”; who is the “immigrant”, when does one stop being an immigrant? The investigation continues with a description of how immigrants are considered in the Casc Antic. Poor, (in all senses of the word), non-European, and often regarded as people who bring with them a series of problems. These foreigners are distinguished with traits that are very specific for each predominant group in the neighbourhood. And in that way, and just mentioning the two ethnic groups which more people talk about in the area, parties, uproar, frivolity and unconcern would be representative of the dominicans; whereas robatories, prayings, veils and austerity would be characteristic of the arab population. Although these stereotypes are used to define each one and make it easier a work of classification, they soon show their limits because they reduce personal characteristics too much. In this way, one of the functions of communications is to confirm or deny the identity assigned to the speakers. In this last event, connections, that reduce more and more this “foreignness” of the “Other”, are established between the neighbours. Finally, in the last part, the flexibility of these representations of the “Other one” is emphasized, because the standards of clasification are constantly changing.